

# 1

## LA LLAMABAN LOCA

Lupe murió tranquilamente en su finca de Matagalpa acompañado de Camille cuando ya se había retirado como jefe de la estructura clandestina de la Cofradía de San Luis de Salcajá en Nicaragua. El desenlace ocurrió muchos años antes de que Esteban testificara ante la comisión establecida en los Acuerdos de Paz, que indagaba sobre el asesinato de su tío, Oscar Adolfo Mijangos López, ocurrido el 13 de enero de 1971. Esa fue la decisión de algunos familiares, amigos y organizaciones sociales, al darse por descontada la autonomía de las judicaturas nacionales en un país que hasta el momento nunca había conocido la imparcialidad en el sistema de justicia.

Esteban asegurará que, si Lupe reviviera, el asesinato de Fito Mijangos, como lo llamaba la mayoría de la gente, y con quien Lupe guardó relaciones de parentesco, le haría recapacitar sobre muchas de las acciones que emprendió en su vida, y probablemente tomaría otras decisiones, si pudiera,

ante la necesidad de controlar la violencia generada desde el Estado.

Lupe ya había reflexionado sobre esta última cuestión cuando Arce, su compañero en el Ejército y al interior de La Cofradía, como sus integrantes llamaban a la estructura, evaluó las consecuencias negativas que trajo la organización de cuerpos ilegales y clandestinos dentro de las instituciones públicas. Arce, quien tenía fama por sus análisis de coyuntura, que resultaban muy certeros, así como por su capacidad táctica –demostrada en los operativos en los que había participado–, remarcó en su momento la descomposición interna en que caen las dependencias del Estado al establecer relaciones operativas y económicas mutuamente beneficiosas con organizaciones criminales privadas.

Esteban, que usaba este nombre como seudónimo, contará a sus compañeros del movimiento revolucionario, al cual ingresó después de cerciorarse del cierre en el país de toda posibilidad de participación política pacífica, que la madre del diputado asesinado fue acusada por los militares de estar loca porque vociferaba en plena calle en contra de los más altos cargos en el gobierno, empezando por el presidente.

“No pasó ni un mes desde que ocurrió el martirio de su hijo, cuando Berty, su madre, se apostó enfrente del palacio de gobierno acompañada de dos de sus sobrinas, para reclamar el asesinato de su primogénito”, refirió el sobrino, quien aseguró:

“¡Los transeúntes oían sus quejas!

“Nadie que la vio quedó indiferente.

“La madre acusó, en plena calle, al presidente Carlos Arana Osorio de ser el asesino de su hijo”.

Nunca se supo cuándo el llanto de la madre cobró un significado político, que hizo insoportable su presencia a las autoridades militares. Cada día que pasaba se juntó más gente alrededor de ella. Berty sintió que muchos apoyaban su demanda: “¡Todos exigían justicia!”.

“¡No puede permitirse que esto continúe ni un minuto más!”, dijo el ministro de Gobernación al dar la señal de alarma cuando informó al Gabinete lo que estaba sucediendo.

El lamento se convirtió en una manifestación política, guardando la distancia con la marcha multitudinaria que acompañó los restos de Fito, cuando al día siguiente del crimen recorrió un largo camino, que se hizo inmenso para Esteban, desde la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales hasta el Cementerio General. “¡El dolor de la madre nadie lo puede apaciguar!”, oyó decir. La rabia era incontrolable.

“Nadie valoró lo que significó esta experiencia, pero la demostración de cólera de la madre hizo inventar en Guatemala un tipo de manifestaciones de protesta que después se hicieron famosas en Argentina”, expresará Esteban al comentar a los compañeros sobre este hecho.

Las Abuelas de Plaza de Mayo alcanzaron muchos de sus objetivos. En Guatemala esta forma de evidenciar la indignación de la ciudadanía duró menos de un año.

“¡Ella fue ejemplo para todos! ¡Los militares la llamaron loca!”.

En otro momento, años más tarde, en medio de otra ola de represión, los familiares de otras víctimas que seguirían en el calvario de la patria tomaron

el ejemplo de la madre de Fito, de las Abuelas de Plaza de Mayo y terminarían alcanzando migajas de justicia.

Los sicarios dispararon las balas sobre el cuerpo indefenso del político y académico. No importó que en ese instante estuviese en una silla de ruedas para abordar su pequeño automóvil. Tres hombres fuertemente armados consumaron el asesinato disparándole en la espalda.

Esteban contó que él caminaba por la cuarta avenida, hacia donde había doblado desde la novena calle de la zona uno, justo enfrente del sitio en que su tío estaba siendo ejecutado.

Alguien preguntará cuál fue su reacción.

El sobrino dirá que se lanzó sobre el cuerpo de Fito y comprobó que no tenía pulso. Confirmó a testigos y otras personas que ya estaba muerto. “¡Murió instantáneamente!”, dirá.

Fueron doce disparos de acuerdo con la autopsia médico forense realizada en el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social. La mayoría de los proyectiles los descargaron sobre su espalda.

“¡Cobardes!”, dirá Chepe, el Sordo Barnoya, su amigo de toda la vida.

Mucha gente se acercó al lugar en el que cayó asesinado quien había tomado posesión como diputado el primero de julio de 1970.

La noticia comenzó a difundirse en ondas que el pueblo activa en circunstancias como esa.

“Una de las sobrinas de Fito, quien era su secretaria, salió de la oficina unos cuarenta minutos antes de que fuera asesinado”, confirmará Esteban.

“¿Cómo daré a la Berty esta noticia?”, fue la pregunta que se hizo el sobrino.

Esteban narrará, cuando se lo pregunten amigos y familiares, que él fue a la casa de la madre, ubicada a una cuadra y media, después de constatar que Fito estaba muerto.

“Toqué la puerta de la casa en la tercera avenida, nueve guion veintiuno”, dirá Esteban.

Berty abrió la puerta y el sobrino dijo con una expresión que seguramente le delataba:

—Fito se puso malo y quiere hablarle.

Sin duda, al ver a la cara a Esteban, la madre de Fito no le creyó:

—¡A m’ijo le hicieron algo!

—No, Berty, véngase conmigo —contestó quien no podía mentir.

Bertha López Alvarado de Mijangos, Berty, agarró su chal resueltamente. El sobrino recuerda que fue el mismo trapo blanco que después se hizo famoso cuando un fotógrafo captó el singular momento. La fotografía, publicada en diferentes medios y en un libro que recordará a otro de los miles de mártires, registra el instante en que la madre se abalanzó sobre el cadáver de su hijo, aún en silla de ruedas, sin que ahora nadie se acuerde cuánto tiempo estuvo abrazándolo. “Te recuerdo cubierto con un manto ensangrentado”, dirá Chepe Barnoya.

La madre así lo quiso: “Mejor si muero después de m’ijo había dicho ella cuando Fito regresó de París al quedar paralítico como consecuencia de haber caído de un segundo piso. De esta forma estaré segura de que nunca le falte nada”.